

mosura del entendimiento, la desea parir en el mundo corpóreo, ó forma la semilla de esa hermosura, para hacerla brotar en el cuerpo, ó como artífice toma los ejemplares de la hermosura intelectual, para esculpirlos al propio en los cuerpos. Lo qual sucede, no solamente en el ánima del mundo, sino también en el ánima del hombre.»

Cinco preguntas hace sucesivamente Sophía á Philón: «Si nació el amor, cuándo nació, dónde nació, de quién nació, y para qué nació este fuerte y diestro, antiguo y famosísimo Señor. Es evidente que el amor existe, y que es deseo de cosa que falta; pero ¿cómo incluir en esta definición el amor divino?» Esta razón hizo afirmar á Platón que «los Dioses no tenían amor, y que el amor no era Dios ni idea del sumo entendimiento.... sino un gran *Demon*, medio entre los Dioses y los hombres, que lleva las buenas obras y los espíritus limpios de los hombres á los Dioses, y trae los dones y beneficios de los Dioses á los hombres, porque todo se hace mediante el amor. Y su intención es que el amor no sea hermoso en acto, que si lo fuera no amara lo hermoso ni lo deseara: que lo que se posee no se desea: sino que sea hermoso en potencia, y que ame y desee la hermosura en acto.»

Pero León Hebreo, á pesar de su platonismo, contradice esta sentencia del *Simposio*, apoyándose en otros pasajes del mismo divino filósofo, y en la observación de que en el *Simposio* se disputa solamente *del amor participado á los hom-*

bres, pero no del amor universal de que aquí se habla.

Pero concedido esto, surge otra cuestión mucho más importante: ¿El amor es deseo de cosa buena ó de cosa bella? ó, en otros términos, ¿pueden reducirse á un mismo concepto el bien y la hermosura?

«Engañaste (responde Philón), si crees que lo hermoso y lo bueno es una misma cosa en todo. Lo bueno puede el que desea desearlo para sí ó para otro que él ame, pero lo hermoso propiamente, sólo por sí mismo lo desea. Y la razón es que lo hermoso es apropiado á quien lo ama, pues lo que á uno parece hermoso, no lo parece á otro.... pero lo bueno es común en sí mismo.... Y así como lo bueno y lo malo semejan en el ánimo á lo dulce y á lo amargo en el gusto, así lo hermoso y no hermoso en el ánimo semejan á lo sabroso (que es lo delectable) en el gusto, y á lo no sabroso.... De donde así como se halla una cosa dulce que para todos los sanos es dulce, pero á uno es sabrosa y delectable, y á otro no, así se halla una cosa ó persona para todo virtuoso buena, pero para otro hermosa, tanto que su hermosura le incita á amarla, y á otro no....; pero como quier que sea, el amor abraza á lo bueno en toda su universalidad, sea hermoso, sea útil, sea delectable, ó de cualquiera otra especie de bien.»

En conformidad con este análisis, León Hebreo, con rara sagacidad psicológica, y evitando la frecuente confusión de la estética con la filosofía de

la voluntad, define el amor como Aristóteles, *universalmente por lo bueno*, y no como Platón, *especialmente por lo hermoso*. Aunque todo lo hermoso es bueno, no por eso todo lo bueno es hermoso. El manjar, la bebida, lo dulce, la salud, el suave olor, el aire templado, no negarás que son buenos, pero no los llamarás hermosos. Bueno y feo de una misma parte es verdad que no pueden estar juntamente, pero no es cierto que toda cosa que no es hermosa sea fea. Infinitas cosas del número de las buenas no son ni feas ni hermosas en todo ni en parte, de la misma suerte que hay muchos que no son sabios ni ignorantes, sino *creyentes* de la verdad ó *rectamente opinables*. Luego lo hermoso no es solamente bueno, sino bueno con alguna adición ó acrecentamiento. Y este acrecentamiento es la hermosura.

¿Y qué cosa es la hermosura?

«Quien quiera conoce lo hermoso, pero pocos conocen la cosa por la cual todos los objetos hermosos son hermosos.... Diversamente ha sido definida la hermosura, pero la más verdadera y universal definición parece esta: *«La hermosura es gracia que, deleitando el ánimo, lo mueve á amar.* Y la cosa buena ó persona, en la cual se halla esta gracia, es hermosa, pero la cosa buena en la cual no se halla esta gracia, no es hermosa ni fea; no es hermosa, porque no tiene gracia; ni es fea, porque no le falta bondad. Pero aquello á que faltan ambas cosas que son gracia y bondad, no solamente no es hermoso, sino que es malo y

feo, porque entre hermoso y feo hay medio, pero entre bueno y malo, verdaderamente no hay medio, porque lo bueno es ser, y lo malo privación.

»Esta gracia, que deleita el ánimo y mueve al amor, no se halla en los objetos del gusto, del olfato y del tacto, sino solamente en los de la vista y el oído, que León Hebreo llama sentidos espirituales. Reside, pues, en las bellas formas y figuras, y hermosas pinturas, y linda orden de las partes entre sí mismas al todo; y en los hermosos y proporcionados instrumentos, y lindos colores, bella y clara luz, hermoso sol, lindas estrellas y hermoso cielo.... y también en los objetos del oído: como hermosa oración, linda voz, linda habla, hermoso canto, linda música, bella consonancia, linda proporción y armonía.... y de ningún modo en los manjares y en las bebidas, ni en el templado y dulcísimo acto venéreo.

»Pero hay en el hombre otra virtud que comprende lo hermoso además del ver y del oír. Tales son las virtudes cognoscitivas, y en primer lugar la imaginación y fantasía, que comprende, discierne y piensa las cosas de los sentidos.... y así se dice: «Una hermosa fantasía, un lindo pensamiento, una linda invención.» Y mucho más conoce de lo hermoso la razón intelectiva, la cual comprende gracias y hermosuras universales, corpóreas é incorruptibles.... como son: los estudios, las leyes, las virtudes y ciencias humanas.... Pero el supremo conocimiento del hombre consiste en el entendimiento abstracto, el cual, contemplando en la ciencia de Dios y de las cosas abstractas de

materia, se deleita y enamora de la suma gracia y hermosura que hay en el Criador y Hacedor de todas las cosas, por la cual alcanza su última felicidad.... Así que lo bueno, para ser hermoso, conviene que tenga con la bondad alguna manera de *espiritualidad graciosa*, tal que pasando por las vías espirituales á nuestra ánima, la pueda deleitar y mover á amor.»

«El amor que hay entre las criaturas de la una á la otra, presupone falta, y no solamente el amor de los inferiores á los superiores, sino también el de los superiores á los inferiores.... porque ninguna criatura hay sumamente perfecta; antes, amando, no solamente á los superiores á ella, sino también á los inferiores, crece en perfección y se allega á la suma perfección de Dios.... Por este aumento de perfección en el amante y en el universo, el amado inferior también se hace divino en el amante superior; porque en ser amado participa de la divinidad del sumo Criador, por cuya participación todo amado es divino. Porque siendo el sumo hermoso, es participado de todo hermoso, y todo amante se acerca á él, amando cualquiera cosa hermosa, aunque sea inferior al amante, y con esto el amante crece en hermosura y divinidad, y así hace crecer al universo. En Dios el amor no dice pasión, ni inclinación natural, ni falta alguna: dice sólo voluntad de hacer bien á sus criaturas y al universo, y de acrecentar la perfección dellas cuanto su naturaleza fuere capaz.»

Con ocasión de indagar cuándo nació el amor,

vuelve á plantear el autor el problema cosmogónico, y se hace cargo de los tres principales sistemas sobre el origen del mundo, el de su eternidad defendida por Aristóteles, el de *los fieles que creen la sagrada ley de Moysén*, y aceptan la creación *ex nihilo*, y el del caos eterno y la producción temporal, expuesto en el *Timeo* platónico, que Judas Abarbanel procura sacar inmune de las interpretaciones de Plotino y de los neoplatónicos, y ajustarla y concordarle todo lo posible con el Pentateuco, de quien (lo mismo que otros rabinos y muchos cristianos) le supone discípulo. «Y aunque Platón fué maestro de Aristóteles tantos años, al fin en las cosas divinas, habiendo sido Platón discípulo de nuestros viejos, aprendió de mejores maestros y más que Aristóteles y tuvo mayor noticia desta antigua sabiduría.»

Y no sólo quiere hacer á Platón creyente judío, sino también cabalista, atribuyéndole la doctrina de la creación cada siete mil años, «recogiéndose (en cada nuevo fin del mundo y nueva quietud del caos) las intelectuales formalidades, al sumo Dios Padre dador de ellas, las cuales lucidísimamente serán conservadas en las altísimas Ideas del divino entendimiento hasta la nueva vuelta dellas en la universal creación y generación del orbe.»

Volviendo á su asunto, en respuesta á la interrogación, «¿cuál fué el primer amor?», inténase Judas Abarbanel en las profundidades «del amor intrínseco de Dios amado y amante.... formali-

dad divina una y simplicísima, que no se puede transfigurar sino con reverberante luz y multiplicada formalidad.» «En la Divinidad la mente ó sabiduría amante se deriva *ab aeterno* de la hermosura amada, y el amor nació *ab aeterno* de ambos á dos, del hermoso amado como de padre, y del sapiente ó amado como de madre.»

«Del sumo resplandor de la divina hermosura amada fué producido el entendimiento primero universal con todas las Ideas, el cual es padre del Universo y la forma y el marido y el amado del Chaos, y de la clara y sabia mente divina amante fué producida la madre Chaos, amadora del mundo y mujer del primer entendimiento; y del ilustre amor divino, que nació de ambos á dos fué producido el amoroso Universo....»

Después de este amor intrínseco de la Divinidad, el segundo (y primero que nació) es el que fué causa de la creación y nacimiento del mundo. Amando la Divinidad su propia hermosura, deseó producir hijo á su semejanza, y este deseo fué el primer amor extrínseco, esto es, de Dios al mundo producido. «De este primer acto de amor *ad extra* fueron engendrados el entendimiento primero en quien resplandecen todas las Ideas del sumo Artífice.... y el Chaos umbroso, con las sombras de todas las Ideas, y las esencias de ellas. Mediante estos dos primeros instrumentos engendrades, Dios, como amor desiderativo, crió y formó todo el mundo á similitud de la hermosura y sabiduría ó esencia divina. «Concurrieron á la obra de la creación el amor recípro-

co de este principio masculino y este principio femenino del mundo, y juntamente con él otro amor tercero, necesario en el ser del mundo, que es el amor que tienen todas sus partes, la una con la otra y con el todo. Todos estos tres amores nacieron cuando nació el mundo.

Pero ¿dónde nació ese tercer amor? ¿En el mundo inferior de la generación y corrupción, ó en el celestial del movimiento continuo, ó en el espiritual de la pura visión inteligible? Manifiesta cosa es que el amor nació *cerca de Dios*, y que de él fué comunicado al mundo angélico, y de allí participado al celestial y al corruptible. Estamos en plena teoría de la emanación: las aguas de la *Fuente de la vida* de Ben-Gabirol comienzan á correr por estas páginas; ¡y con qué religioso y solemne curso! Apenas hay en nuestra filosofía páginas más elocuentes que estas: «Procediendo el amor de la hermosura, donde la hermosura es más inmensa, más antigua y coeterna, allí debe el amor nacer primero. No consiste el amor en la hermosura, pero procede de ella, y allí se halla donde está la hermosura que le causa. Donde el conocimiento se halla acompañado de falta de algún grado de hermosura como en el mundo angélico, allí nació el amor, y no en el mundo inferior, donde la falta sobra y el conocimiento falta.... Y así las plantas, que son las menos perfectas de las cosas vivas, careciendo grandemente de la hermosura, porque no la conocen, no la desean, sino aquello poco que pertenece á su perfección natural.... También en los mismos hombres, los que son de

ingenio más flaco y tienen menos conocimiento, son aquellos á quienes de la perfección y hermosura más les falta, y menos la desean. Y cuanto más ingeniosos son y más sabios y menos les falta de la bella perfección intelectual, tanto más intensamente la aman, y tanto más intensamente la desean. Porque siendo la sabiduría mucho más amplia y profunda que el entendimiento humano, el que más nada en su divino piélago, conoce más su anchura y profundidad, y tanto más desea llegar á los perfectos términos á él posibles.... porque las delectaciones de la sabiduría no son saciables como cualquiera otra delectación, antes á todas horas más deseables é insaciables.... Cuando, ¡oh Sophía!, hubieres subido por esta escala al mundo celestial y angélico, hallarás que los que participan más de la belleza intelectual del Sumo Hermoso, conocen mejor cuánto falta á la más perfecta de las criaturas de la hermosura de su Criador.... Así que el amor principalmente está en la primera y más perfecta inteligencia criada, por el cual goza unidamente de la Suma Hermosura de su Criador, de quien ella depende, y della sucesivamente se derivan las otras inteligencias y criaturas celestiales, descendiendo de grado en grado hasta el mundo inferior, del cual sólo el hombre es el que puede asemejarle en el amor de la divina hermosura, por el entendimiento inmortal que en cuerpo corruptible el Criador quiso darle, y sólo mediante el amor del hombre á la hermosura divina se une el mundo inferior, el cual todo está por el hombre unido con la Di-

vinidad, causa primera y último fin del universo, y suma hermosura amada y deseada en todo; que de otra manera el mundo inferior estuviera dividido totalmente de Dios.... Siendo la hermosura del Criador excelente sobre otra cualquiera hermosura criada, y ella sola perfecta hermosura, es necesario conceder que ella sea la medida de todas las otras hermosuras, y que por ella se midan las faltas de perfección de las otras. Esta hermosa divinidad es inmensa é infinita, sin proporción alguna conmensurativa con la más excelente de las hermosuras criadas. No excede menos á la más hermosa de las inteligencias apartadas de materias, que al menos hermoso de los cuerpos corruptibles, siendo ella medida de todos y ninguno medida della, pues tanto le falta al primer ángel, de aquella suma belleza, como al más vil gusano de la tierra. La parte que quiso comunicar á la hermosura criada, se repartió en diversos grados: el mundo angélico tomó la mayor parte, después el celeste, después el corruptible.

»Píntase é imagínase la hermosura infinita del Criador en la hermosura finita criada, como una hermosa figura en un espejo. Y aunque lo que falta de la infinita hermosura al mundo celestial y al corruptible, es igualmente infinito, todavía en el angélico, donde se conoce mejor la inmensa belleza que falta, la falta se hace mayor, por incitar mayor deseo y producir más intenso amor que en el mundo inferior. En el mundo corruptible no hay conocimiento claro de la hermosura divina, porque no se puede adquirir sino por

entendimiento abstracto de materia, el cual es espejo capaz de la transfiguración de la divina hermosura. Conocer las esencias incorpóreas mediante las corpóreas, es como ver el lucido cuerpo del Sol en agua ó en otro diáfano. No así los moradores del mundo angélico, en quienes derecha é inmediatamente se imprime la clara belleza divina, como el ojo del águila, que es capaz de ver directamente al sol y no en enigma. Sólo confusamente puede encaminarse el entendimiento humano á aquella no conocida hermosura, por la noticia de la primera causa y del primer motor, alcanzada mediante los cuerpos: la cual no es perfecto ni recto conocimiento, ni puede inducir el puro amor ni el intenso deseo que á la suma belleza se requiere; pero puede conocer en la copulación la esencia del entendimiento agente, cuya hermosura es finita... y mediante ella ó en ella ver y desear la hermosura divina, como por un medio cristalino ó un claro espejo, pero no inmediatamente y en sí, como hace el entendimiento angélico. Sólo por gracia especial de Dios, puede recaer este conocimiento inmediato en algún varón *hecho profético y elegido por la Divinidad.* Es el caso profético que con nuestro gran poeta Judá Leví, en su libro del *Cuzary*, supone, con orgullo judaico, don y privilegio exclusivo de su raza. Así Moisés «profetizaba despierto, con el entendimiento claro y limpio de fantasía, copulado con la Divinidad, sin medio de Ángeles y sin figuras ni fantasías algnas.»

La infinita hermosura se imprime en la finita mente angélica ó en la de los bienaventurados, no según el modo de su infinitad, sino según la finita capacidad de la mente que la conoce. Pero hay otro conocimiento más alto de la inmensa hermosura divina, y es la que el mismo Dios tiene de sí mismo, «como si el resplandeciente »sol se viera á sí propio.»

La mayor novedad de la *Philographia* de León Hebreo, y lo que agranda su concepción y le separa de los comentadores vulgares del *Simposio*, consiste, sin duda, en haber considerado el amor como una *inherencia intelectual á la suma hermosura*. Sus fantásticas explicaciones del mito de *Poros* y de *Penia*, así como la exégesis más que temeraria con que supone á nuestros primeros padres *andróginos*¹, como los que se fingen en el razonamiento platónico de Aristófanes, no tienen para nosotros más que un interés de curiosidad; pero le tiene muy grande de historia de la filosofía, y demuestra elocuentemente la filiación semítico-hispana de Judas Abarbanel, y los lazos nada tenues por los cuales desciende de Averroes y de Maimónides el pasaje en que nota escrupulosamente las variantes del sistema de la emanación en las escuelas arábigas, y cómo la primera inteligencia, por virtud y amor de su propia hermosura, produce el primer orbe, compuesto de cuerpo incorruptible circular y de ánima intelec-

¹ León Hebreo sostiene la extrañísima tesis de que Adán, en el momento de su creación, contenía en sí los dos sexos.

tiva amadora de su inteligencia,» y así sucesivamente las inteligencias de los otros orbes, hasta el número de ocho, según los griegos, ó de nueve, según la cuenta de los árabes. «De manera que, habiendo declinado las esencias criadas, de grado en grado, no solamente hasta el último orbe de la Luna, mas también hasta la ínfima materia primera, desde allí vuelve á levantarse la materia primera con inclinación, amor y deseo de acercarse á la perfección divina, de la cual está más alejada, subiendo de grado en grado por las formas y perfecciones formales. De esta suerte hacen los árabes una línea circular del Universo, cuyo principio es la Divinidad, y su término la materia prima, y della va subiendo y allegándose de grado en grado, hasta fenecer en aquel punto, que fué principio, que es en la suma hermosura divina, por la copulación con ella del entendimiento humano.»

¿De quién nació el amor? León Hebreo, después de explicar el razonamiento de «la fada Diótima, que fué maestra de Sócrates en los conocimientos pertenecientes al amor,» y los mitos de Eros y de Poros, afirma que el amor de quien él escribe es «superior á Poros embriagado en el huerto de Júpiter, y ajeno de Penía menesterosa,» y le da por padre común lo hermoso, y por madre la inteligencia, *preñada de la forma de lo hermoso*. Si la forma de lo hermoso no estuviese en el entendimiento del amante, debajo de especie de hermoso, bueno y deleitable, no fuera lo hermoso jamás amado de él. De manera

que la madre del amor, aunque está privada de la unión perfecta con el amado, no por eso está privada de la forma ejemplar de su hermosura. El amor es preñez, y deseo de parir lo hermoso semejante al padre.»

Nueva disertación sobre la esencia de la hermosura. ¿Consiste, como la han definido muchos filosofantes, en la proporción de las partes al todo, y la conmensuración del todo á las partes? ¿Será propia del conmensurable cuerpo, y supondrá siempre cantidad, pudiéndose aplicar sólo por traslación á las cosas incorpóreas, en cuanto son compuestas proporcionalmente por orden y armonía?

«El vulgo, responde León Hebreo, no puede comprender otra hermosura que la que los ojos corporales y los oídos comprenden, por lo cual creen, fuera de ésta, no haber otra hermosura, si no que es alguna cosa fingida, soñada ó imaginada. Pero aquellos cuyos entendimientos tienen ojos claros, y ven mucho más adelante que los corporales, conocen que la hermosura que se halla en los más es baja, poca y superficial con respecto de la que se halla en los incorpóreos.... como que solamente es sombra é imagen de la espiritual, y participada de ella, y resplandor que el mundo espiritual da al mundo corpóreo. Y aun esta hermosura de los cuerpos no procede de la corporeidad ó materia de ellos, que, si fuera así, todo cuerpo y cosa material fuera hermosa de una misma manera, porque la materia y corporeidad es una en todos los cuerpos; ó

de los cuerpos el mayor fuera el más hermoso, que muchas veces no lo es, porque la hermosura requiere medianía en el cuerpo; el mayor, lo mismo que el menor, es deforme. Y conocen que la hermosura viene en los cuerpos por la participación de los incorpóreos superiores, y tanto cuanto carecen de la participación de ellos, tanto son deformes; por manera que la fealdad es lo propio del cuerpo, y la hermosura lo adventicio. Á tí, pues, ¡oh Sophía!, no te basten los ojos corporales para ver las cosas hermosas; míralas con los incorpóreos, y conocerás las verdaderas hermosuras que el vulgo no puede conocer; porque así como los ciegos de los ojos corporales no pueden comprender las hermosas figuras y colores, así los ciegos de los ojos espirituales no pueden comprender las clarísimas hermosuras espirituales, ni deleitarse en ellas, porque no deleita la hermosura sino á quien la conoce, y el que no gusta de ella está privado de suavísima delectación. Que si la hermosura corporal, que es sombra de la espiritual, deleita tanto á quien la ve, que se lo roba, le convierte en sí, y le quita la libertad y le hace su aficionado, ¿qué hará aquella lucidísima hermosura intelectual á los que son dignos de ver? Sé tú, pues, ¡oh Sophía!, de aquellos á quien la hermosura umbrosa no arroba, sino la que es señora de ella, suprema en belleza y delectación.... Esa definición de la hermosa, dicha por algunos de los modernos filosofantes, no es la propia ni la perfecta, porque si fuera así, ningún cuerpo simple, no compuesto de diversas

y proporcionadas partes, se llama hermoso.... La figura redonda, bien en sí es hermosa, pero su hermosura no es la proporción de las partes, la una á la otra ni al todo, porque sus partes son iguales y de un mismo género, en las cuales no cabe proporción alguna, ni la hermosura de la figura circular es la que hace hermoso al sol, á la luna y á las estrellas, que, si fuera así, todo cuerpo hermoso tuviera la hermosura del sol; empero, la hermosura de ellos es la claridad, la cual en sí no es figura ni tiene partes proporcionadas.

»Parece, pues, que la hermosura no está en las proporciones de las partes.... Y si la hermosura de la música quieren que sea la concordancia de las partes, la hermosura intelectual, ¿cuál será? Y si dijeren que es el orden de la razón, ¿qué dirán de la inteligencia de las cosas simples y de la purísima divinidad, que es suma hermosura? «Si bien lo considerares, hallarás que, aunque en las cosas proporcionadas y concordantes se halla hermosura, la hermosura es allende de la proporción de ellas.... Por donde se halla, no sólo en los compuestos proporcionados, pero aún más en los simples... No todo lo hermoso y lo bueno es proporcionado, y, al contrario, en las cosas malas se halla también proporción y concordancia.

»¿En qué consiste, pues, la hermosura de las cosas corpóreas, si no está en la proporción? «Sabrás que la materia, fundamento de todos los cuerpos inferiores, es de suyo fea y madre de to-

da fealdad en ellos ; pero *formada* se torna hermosa por participación del mundo espiritual. Como rayos del sol, las formas descienden á ella del entendimiento divino, y de la ánima del mundo, ó del mundo espiritual ó del celestial.»

Todo cuerpo tiene alguna hermosura derivada del principio que le informa; pero no son todos igualmente hermosos, porque la información no es igualmente perfecta, ni á todos los cuerpos les quita de una misma manera la fealdad de la materia, ni en todos señorea con igual imperio *la rústica corpulencia de la materia*. Y si los cuerpos proporcionados nos parecen hermosos, es porque la forma crea la perfección, vivificando el todo y las partes. «Y cuando la materia es inobediente, no puede unir así las partes intelectualmente al todo, y queda menos hermoso y más feo por la desobediencia de la materia deforme á la informante y hermozeante forma.»

Los colores también son hermosos, porque son formas, y si por ellas los cuerpos coloreados se hacen hermosos, tanto más deben serlo ellos mismos. Y mucho más la propia luz, que á todo color y coloreado hace hermosos.... y es forma universal en todo el mundo inferior.... La armonía es hermosa, porque es forma espiritual ordinativa y unitiva de muchas y diversas voces en una y perfecta consonancia por modo intelectual.... La belleza de la oración viene de la hermosura espiritual ordinativa y unitiva de muchas y diversas palabras materiales, en unión perfecta é intelectual con alguna parte de la armónica her-

mosura, de tal manera que con razón se puede decir más hermosa que las otras cosas corpóreas; y asimismo los versos, que, juntamente con la hermosura intelectual, tienen más de la hermosura armónica resonante que la oración. Las hermosuras del conocimiento, y de la razón y del entendimiento humano, manifiestamente preceden á toda hermosura corpórea, porque éstas son las verdaderas, formales y espirituales, y las que ordenan y unen los muchos y diversos conceptos del ánima sensibles y racionales, y asimismo dan y participan hermosura doctrinal en los entendimientos dispuestos á recibirla, y también es hermosura artificial en todos los cuerpos que por artificio son hechos.

Así, pues, toda hermosura en el mundo inferior, procede del mundo espiritual de las *formas*, y según que la materia obedece ó resiste á la hermosura formal, resulta en los cuerpos mayor ó menor grado de hermosura. De aquí la definición de la belleza, según León Hebreo: «gracia formal, que deleita y mueve á amar á quien la comprende.» Esta definición se aplicaría por igual á las obras de la naturaleza y á las del arte. El arte es una forma: «imagina dos pedazos de palo iguales, y que en el uno se entalla una hermosísima Venus y en el otro no: conocerás que la hermosura de Venus no procede del palo, porque el otro madero igual no es hermoso: la forma ó figura artificada es, pues, la que constituye su hermosura.

Y así como las formas naturales se derivan del

alma del mundo, y allende de ella, del primero y divino entendimiento, en los cuales existen con mayor esencia, perfección y hermosura que en los cuerpos divididos, así las formas artificiales se derivan de la mente del artífice humano, en la cual existen con mayor perfección y hermosura que en el cuerpo hermosamente artificiado. «Y así como quitando, por consideración, la *corporalidad* del artificiado hermoso, no queda sino la Idea que está en el entendimiento del artífice, así quitando la materia de los hermosos naturales, quedan solamente las formas ideales preexistentes en el entendimiento primero, y en el ánima del mundo.

»Bien alcanzarás, ¡oh Sophía!, cuánto más hermosa debe de estar la Idea del artificio *unida* en el entendimiento del artífice, que cuando está distribuída en el cuerpo y desmembrada, porque á toda hermosura y perfección le acrecienta la unión y la división le disminuye. Y las partes de la hermosura de la estatua de Venus en el madero, están divididas cada una de por sí, por lo cual hacen lenta y débil su hermosura, respecto de la que está en el ánima del artífice, porque en ella consiste la Idea del arte con todas sus partes abrazadas juntamente, de tal manera, que la una favorece á la otra, y la hace crecer en hermosura, y la hermosura de todas está juntamente en cada una, y la de cada una en todas, sin ninguna división ó discrepancia, puesto que el cuerpo no impide ni disipa la eficacia de la forma. Y lo mismo acontece con las formas naturales, que están

en el entendimiento divino, todas juntamente abstractas de materia, de mutación ó alteración, y de toda manera de división ó muchedumbre.»

¿De qué modo están proporcionados los ojos de nuestro entendimiento á la percepción de las hermosuras espirituales? Nuestra ánima racional, por ser imagen de la ánima del mundo, es *figurada obscuramente de todas las formas que existen en el alma del mundo*, y por eso, con discurso racional, las conoce distintamente, y gusta de su hermosura y la ama. Y el puro entendimiento que en nosotros reluce, es asimismo imagen del puro entendimiento divino, *signado con la unidad de todas las ideas*, el cual, al fin de nuestros discursos racionales, nos muestra las esencias ideales en intuitivo, único y abstractísimo conocimiento, cuando nuestra razón bien habituada lo merece....

Á estas dos hermosuras intelectuales son proporcionadas otras dos corporales, la que se alcanza por la vista y la que se alcanza por el oído. La de la vista es imagen de la hermosura intelectual, porque toda consiste en luz, y por la luz se aprehende. Y la que se alcanza por el oído, es imagen de la hermosura del alma del mundo, porque consiste en concordancia, armonía y orden; pero el conocimiento y amor de la misma hermosura corpórea, no consiste en los ojos y en los oídos por donde pasa, sino en el ánima adonde va. De otra manera sería idéntico el conocimiento y delectación en todos los hombres, puesto que poseen iguales sentidos; y vemos que no

acaee así. Siendo las hermosuras corpóreas *gracias formales*, y siendo en esencia nuestra ánima racional «una figuración latente de todas aquellas espirituales formas, por impresión hecha en ella del ánima del mundo, su origen exemplar,» lo cual llama Platón *reminiscencia*, y Aristóteles, interpretado platónicamente por León Hebreo, «entendimiento en potencia,» infiérese que las formas representadas por los sentidos, hacen relumbrar las mismas formas y esencias que antes estaban latentes en nuestra ánima. «Á este relumbrar llama Aristóteles acto de entender, y Platón recuerdo; pero la intención dellos es una en diversas maneras de decir.» Y como esta latencia y tenebrosidad sea muy diversa en las almas de los hombres, según el imperio mayor ó menor que ha logrado la forma sobre la materia, acaee que el alma de uno conoce fácilmente la hermosura, y la de otro con más dificultad, y la de otro de ninguna manera, «por la rudeza y grosedad de su materia, que no deja aclarar la escuridad que ella causa en el alma. Verás también un mismo hombre conocer fácilmente algunas hermosuras, y otras con dificultad, porque su materia es más proporcionada y semejante á unos cuerpos y cosas hermosas, que á otros.... Y podrás entender también que las ánimas que conocen dificultosamente las hermosuras corpóreas, esto es, *la espiritualidad que hay en ellas*, y con dificultad las pueden sacar afuera de la fealdad material, y deformidad corpórea, son asimismo difíciles en conocer las her-

mosuras espirituales del ánima, conviene, á saber, las virtudes, ciencias y sabiduría.»

Tiene nuestra alma dos caras; la una vuelta hacia el entendimiento superior; la otra hacia el cuerpo. La primera es la razón intelectiva, que discurre con universal y espiritual conocimiento «sacando fuera las formas y esencias intelectuales de los particulares y sensibles cuerpos, y convirtiendo el mundo corpóreo en intelectual.» La segunda cara, vuelta hacia el cuerpo, es el sentido, ó sea «el conocimiento particular de las cosas corpóreas, ayuntada en sí, y mezclada la materialidad de las cosas corpóreas conocidas.» Sólo llegan al conocimiento y fruición de la belleza los que ordenan el conocimiento sensible al racional, como á propio fin.... y aunque allegan el ánima espiritual con el rostro inferior á los cuerpos, para tener de la hermosura de ellos el conocimiento sensible, en continente levantan con movimiento contrario las especies sensibles con la cara superior racional, sacando de ellas las formas y especies inteligibles.... Y de la manera que enderezan el un conocimiento al otro, así también el amor, pues tanto aman las hermosuras sensibles cuanto el conocimiento de ellas los guía á conocer y amar las espirituales insensibles, á las cuales aman solamente como á verdaderas hermosuras.... «Engañaste, pues, ¡oh Sophia! (añade elocuentemente el autor), en dudar cuál es el más principal conocimiento de las hermosuras sensuales. Tú crees que está en el que las conoce en modo sensitivo y material, no sa-

cando de ellas las hermosuras espirituales, y estás en error que éste es imperfecto conocimiento de las hermosuras corpóreas, porque quien de lo accesorio hace principal, no conoce bien, y quien deja la sombra por la luz, no ve bien, y el que deja de amar la forma original por amar su semejanza ó imagen, á sí propio aborrece. Y cuando la haz inferior de nuestra ánima, que mira hacia el cuerpo, tiene la conveniente luz, entonces sirve á la luz de la haz superior intelectual, y le es accesoria é inferior, y vehículo suyo, y si le vence, es imperfecta la una y la otra, y queda el ánima desproporcionada y desdichada.» En suma: el conocimiento de las hermosuras inferiores solamente es bueno para *destilar de ellas las hermosuras espirituales*. Tal es la fórmula más bella y acabada de la antigua estética idealista.

León Hebreo no se cansa de repetirla y explicarla, y siempre con nueva prodigalidad y opulencia de frases: «advierte, pues, ¡oh Sophía! que no te enlodes en el amor y delectación de las hermosuras sensuales, apartando tu ánima de su hermoso principio intelectual, por zambullirla en el piélagó del cuerpo feo y sucia materia. No te acaezca lo de la fábula de aquel que, viendo hermosas figuras esculpidas en agua sucia, volvió las espaldas á las originales, y siguió las umbrosas imágenes, y se echó y anegó entre ellas en el agua turbia.»

¿Y qué cosa es la hermosura espiritual, que de tal modo se derrama por todo el universo y

cada una de sus partes? León Hebreo se atreve á sacar de Platón la misma definición que Platón no se atrevió á dar, y exclama con sublime sentido: «La hermosura es la *idea*.» Y en la idea no caben diversidad ni multitud dividida. En el entendimiento divino *la idea es una é indivisible*, ó más bien es el mismo entendimiento divino.

Llegado á esta cumbre soberana de la *idea*, trata nuestro filósofo de resolver la aparente contradicción platónico-aristotélica, y después de sentar como principio común que las ideas, en el sentido de *prenoticias divinas de las cosas producidas*, ni Aristóteles ni nadie las niega, puesto que el mismo Estagirita supone que preexiste en la mente divina el *Nomos* del universo, que es el orden sabio dél, del cual se deriva la perfección y ordenación del mundo y de todas sus partes, expone así la famosa antinomia, para resolverla luego: «Sabrás, en suma, que Platón puso en las ideas todas las existencias y sustancias de las cosas, de tal manera, que todo lo procreado dellas en el mundo corpóreo se estima que sea más ayna sombra de sustancia y esencia, que poderse decir esencia ni sustancia... Aristóteles quiere en esto ser más templado, porque le parece que la suma perfección del artífice debe producir perfectos artificios en sí mismos; por donde sostiene que en el mundo corpóreo y en sus partes hay esencia y sustancia propia de cada una de ellas, y que las noticias ideales no son las esencias y sustancias de las cosas, sino causas productivas y ordenativas de ellas; de donde infiere que las primeras

sustancias son los individuos, y que en cada uno de ellos se salva la esencia de las especies. De las cuales especies, las universales no quiere que sean las ideas, que son causa de los seres reales, sino solamente conceptos intelectuales de nuestra ánima racional, sacados de la sustancia y esencia que hay en cada uno de los individuos reales.... Y las ideas no quiere que sean primeras sustancias, como Platón dice.... porque él sostiene que la materia y el cuerpo entra en la esencia y sustancia de las cosas corpóreas.... Tiene también que las hermosuras del mundo corpóreo son consideradas hermosas; empero, causadas y dependientes de las primeras hermosuras ideales, del primer entendimiento divino.»

Pero la diferencia «está más ayna en la imposición de los vocablos que en la significación de ellos.... Platón, hallando los primeros filósofos de Grecia, que no estimaban otras esencias ni sustancias ni hermosuras que las corpóreas, y que pensaban que fuera de los cuerpos no había nada, le fué necesario curarles con lo contrario, como verdadero médico, enseñándoles que los cuerpos por sí mismos no poseen ninguna esencia, ninguna sustancia, ninguna hermosura, como ella es verdaderamente, ni tienen otra cosa que la sombra de la esencia y hermosura incorpórea, Ideal de la mente del Sumo Artífice del mundo. Aristóteles, que halló los filósofos por la doctrina de Platón apartados ya de todos los cuerpos, porque estimaban que toda la hermosura, esencia y sustancia estaba en las ideas y nada en el mundo

corpóreo, viéndolos que por esto se hacían negligentes en el conocimiento de las cosas corpóreas.... de la cual negligencia había de resultar defecto, y falta en el conocimiento abstracto de sus espirituales principios.... le pareció tiempo de templar el extremo que en esto había.... y demostró haber propiamente esencias en el mundo corpóreo y sustancias producidas y causadas de las ideas, y haber también en él verdaderas hermosuras, aunque dependientes de las purísimas y perfectísimas ideas ¹.

Fácil es inferir las consecuencias de este armonismo. La pluralidad, división y diversidad de las cosas mundanas no preexisten en las noticias ideales de ellas. Aunque la primera Idea del universo, que está en la mente del Sumo Hacedor, sea *multifaria*, esto es, de muchas maneras, con orden á las esenciales partes del mundo, no por eso aquella multifariedad induce en ella diversidad esencial separable, ni número dividido.... sino que es de tal modo multifaria, que queda en sí indivisible, pura y simplicísima y en perfecta

¹ Nótese la extraordinaria analogía de esta concordia con la que propone el sevillano Fox Morcillo en su libro famosísimo *De naturae philosophia*: «Plato formam illam, sive ideam, quam affert, a rerum corporearum concrectione sejungit, et in Dei mente veluti exemplar cujusque effectiois collocat: Aristoteles eam rebus conjungit, tanquam alteram corporeae substantiae partem.»

(Vid. *Sebastiani Foxii Morzilli Hispalensis: De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione, Libri V. Witbergae, sumptibus haeredum Bartolomaei Vogelii et Andreae Hoffmanni, p. 32.*)